

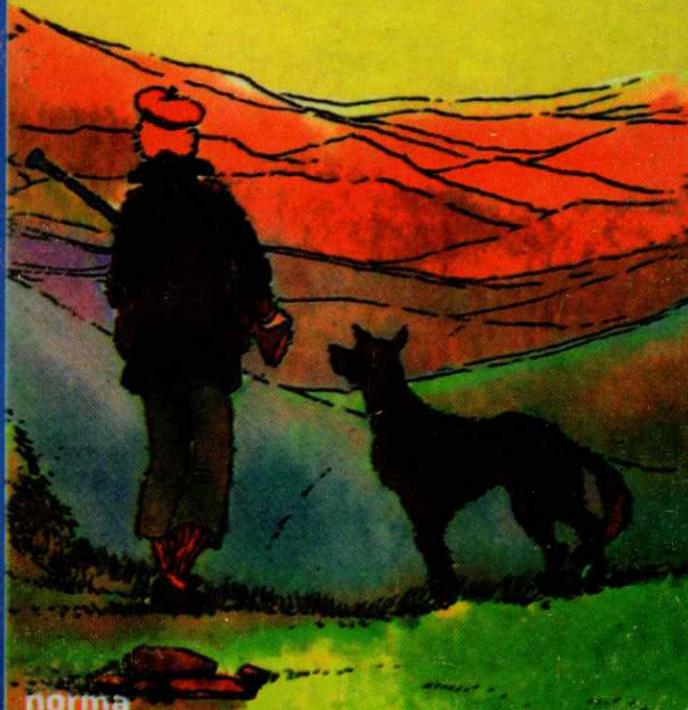
Torre de Papel



María Isabel Molina

**El misterio del hombre
que desapareció**

Ilustraciones de José Guillelmo Peña



norma

Copyright © María Isabel Molina Llorente
Primera edición del libro publicada por
Editorial Escuela Española, S.A.
Mayor, 428013 Madrid

Copyright © 1989 para Hispanoamérica y los Estados Unidos
por Editorial Norma S.A.
A.A. 53550, Bogotá, D.C. - Colombia.
Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra, por cualquier medio,
sin permiso escrito de la Editorial.

Primera reimpresión, 1991
Segunda reimpresión, 1992
Tercera reimpresión, 1992
Cuarta reimpresión, 1993
Quinta reimpresión, 1993
Sexta reimpresión, 1994
Séptima reimpresión, 1994
Octava reimpresión, 1994
Novena reimpresión, 1995
Décima reimpresión, 1996
Undécima reimpresión, 1996
Duodécima reimpresión, 1996
Décimo tercera reimpresión, 1997
Décimo cuarta reimpresión, 1998
Décimo quinta reimpresión, 1998
Décimo sexta reimpresión, 2000
Décimo séptima reimpresión, 2002
Décimo octava reimpresión, 2003
Décimo novena reimpresión, 2004
Vigésima reimpresión, 2004

Impreso por Editora Géminis Ltda.
Carrera 37 No. 12-42 Bogotá
Octubre de 2004
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Dirección editorial, María del Mar Ravassa G.
Edición, Lucía Borrero
Dirección de Arte, Mónica Bothe

ISBN 958-04-0729-0

CONTENIDO



I	Zarzuela de los Barros	7
II	El señor Bienvenido	17
III	El regreso de Zauz	21
IV	Los guardias civiles	27
V	La batida	37
VI	La señora Juana	47
VII	Don Cosme	57
VIII	Lunes	65
IX	La feria	71
X	Los hombres	83
XI	Otra vez el señor Bienvenido	95
XII	Final	107

CAPITULO I



ZARZUELA DE LOS BARROS

La tierra es roja, de color de sangre, y el aire dulce porque sabe a miel. El cielo es azul fuerte en primavera, verano y otoño, y gris blanquecino en invierno. El viento, al soplar durante todo el año — caliente en verano y helado en invierno — levanta ecos raros en el pinar, juega al escondite en las esquinas de la plaza y se ata y se desata en la espadaña de la torre de la iglesia.

La tierra es roja y caliente. Si se toma un puñado, es como algo vivo que late en las manos y se escurre entre los dedos. Parece como si Dios, cuando formó al

hombre, lo hubiese hecho con esta tierra: suave, caliente y roja.

Por eso mi pueblo se llama Zarzuela de los Barros o de las Ollas, porque hay muchos alfareros, y los días de mercado en la ciudad venden botijos, cazuelas de horno, jarros y miel.

Todos los vecinos tienen colmenas, y por temporadas, el aire se puebla de rumores y olores dulces. La miel se envasa y con la cera rubia se hacen velas, velas amarillas y delgadas, retorcidas sobre sí mismas hasta formar cilindros del tamaño de un vaso.

Estas velas, además de venderse, las llevan las familias a la iglesia y las colocan sobre los bancos.

Y en la misa de los domingos, la iglesia se llena de diminutos puntos de luz que arden como ofrenda a Dios por las necesidades de cada familia.

Luego, las mujeres que hacen la limpieza refunfunan porque aunque las velas se colocan en palmatorias, siempre se manchan los bancos y el suelo, y la cera es muy difícil de quitar.

Este es mi pueblo. Es un buen pueblo,

aunque tal vez a mí me lo parezca porque es el mío.

Aquí viví durante mucho tiempo en la gran casa blanca con tejas rojas del tío Jacinto.

Yo no había nacido en el pueblo, porque a mi padre no le gustaba el trabajo de la tierra y había vendido su parte al tío Jacinto y, con el dinero, se había ido a Madrid.

Allí se casó, encontró un buen trabajo y fue feliz hasta la enfermedad de mi madre.

Entonces —después de que pasó todo— me llevó al pueblo y estuvo hablando durante mucho tiempo con el tío Jacinto, mientras la tía Paulina, su mujer, servía vino a los dos hombres y me daba bollitos de azúcar. Jamás había comido tantos bollitos.

—¡Quédate Manuel! —decía el tío Jacinto—. Te devolveré las tierras que me vendiste y podrás vivir con comodidad.

—No tengo dinero para comprar nada —contestaba mi padre.

—¡Eso qué importa! Ya me irías pagando con las cosechas.

Mi padre sacudía la cabeza.

—Es inútil, Jacinto. Soy como las piedras redondas, que no crían musgo. No sirvo para trabajar la tierra, con sol y con calor, con frío y con agua. No sirvo para quedarme mirando al cielo esperando que llueva cuando conviene o que escampe cuando hace falta. Para que luego, lo que ganes no compense el esfuerzo. Soy mecánico, un buen mecánico, no campesino. Además —mi padre se bebió de un trago el vino que le quedaba en el vaso—, aquí hay demasiados recuerdos.

—También haría falta un mecánico en el pueblo —dijo con calma el tío Jacinto.

Mi padre encogió los hombros e hizo un gesto que yo no le conocía y que había de ser el suyo desde aquel día.

—He vendido el piso de Madrid. Con el dinero he pagado las cuentas de la enfermedad de Rosa, he sacado el pasaporte y he firmado un contrato de trabajo para una empresa importante. Tengo para el viaje y aún ha quedado un pico para la cartilla de ahorro del chico. Me voy a Alemania a trabajar. Y os dejo al chico, a Fernando.

La tía Paulina se secaba nerviosamente las manos en el delantal.

—¡Pero tan lejos! A una tierra donde los hombres no hablan como tú, ni piensan ni miran ni comen como tú. ¿No es una locura, Manuel?

Mi padre se le encaró bruscamente:

—¿Te quieres quedar con Fernando o no?

Tía Paulina se levantó de la silla enfadada.

—¡Claro que sí! Y lo cuidaré más que a uno de los míos. Pero no se trata de eso. El chico necesita un padre, ya que su madre murió. Y tú vas a hacer un disparate.

Todo lo que porfiaron el tío Jacinto y la tía Paulina fue inútil. Se marchó. Escribía todos los meses y mandaba dinero y regalos. A veces venía por Navidad y casi no me conocía. Y yo a él tampoco. Entonces nos reunía a los primos y a mí y nos contaba historias fantásticas de otras ciudades y otros hombres. Y me decía que cuando hubiese ganado muchísimo dinero me vendría a buscar y viajaríamos y haríamos cosas maravillo-

sas. Y luego se marchaba y yo seguía con mis tíos y mis primos.

Los primos se llamaban Manuel y Joaquín. Había además una chica, tres años más pequeña, que se llamaba María Isidra y que era un gran engorro porque en vez de jugar con las demás niñas sólo quería venir con nosotros.

La casa de los tíos tenía una planta baja y un piso con los dormitorios. Encima estaba la buhardilla donde guardaban los antiguos trajes de las fiestas y donde colgaban el tocino y el jamón, las morcillas y los chorizos de la matanza. Y allí, entre algodones húmedos, poníamos nosotros algunas alubias para ver salir las raicillas.

Mi tío guardaba el tractor en lo que había sido la cuadra, cuando tenía mulas, y nosotros jugábamos en los bordes del gran abrevadero de piedra.

Y nos gustaba acompañar a cazar o a pescar al tío Jacinto o a uno de los vecinos, el señor Bienvenido, que era el mejor cazador que había en cinco pueblos.

Era un hombre alto y fuerte como una torre, con el pelo castaño-rojizo, muy rizado, como si fuese estropajo de aluminio

oxidado. Era muy alegre de genio y muy amigo de gastar bromas.

Tío Jacinto decía que era un vago y tal vez tuviese razón, pero era muy simpático y jugaba mucho con los niños.

Tenía un gran perro mestizo de lobo, de pelaje marrón oscuro, con las orejas muy tiesas y ojos de lumbre rodeados de esas manchitas rojas que dicen que tienen los lobos.

En verano, cuando volvíamos de las eras, el señor Bienvenido se emparejaba con nosotros en lugar de ir con los hombres. Nos contaba cuentos y chistes; cosas graciosas que lo hacían reír tanto, que muchas veces reíamos de verlo.

Su broma preferida era:

—Muchachos, donde relumbre, ¡pisad fuerte!

Sobre la cinta blanca de la carretera, los charcos grasientos dejados por los camiones y las cisternas del agua tenían un oscuro resplandor.

La primera vez todos hicimos caso y saltamos sobre el agua grasienta. Nos mojamos y salpicamos a todos los demás chicos mientras las risas del señor Bienve-



nido, que se había quedado atrás para que no lo alcanzasen las salpicaduras, levantaban ecos en la noche.

Aprendimos nuestra lección. En otras ocasiones, cuando repetía la frase, le decíamos:

—Si se queda usted junto a nosotros, le prometemos que pisaremos muy fuerte.

Entonces el señor Bienvenido se reía bajito y no volvía a repetir la broma en toda la noche.



CAPITULO II



EL SEÑOR BIENVENIDO

María Isidra subió corriendo a la buhardilla una tarde de finales de octubre que había amanecido lluviosa y destemplada.

Habíamos llegado empapados de la escuela y, después de quitarnos las botas y tomar la merienda, estuvimos en la biblioteca del tío buscando viejos libros de aventuras.

Joaquín tenía una tira cómica que no había leído y Manuel y yo encontramos un buen surtido de libros y nos instalamos en el desván, con el bocadillo en una mano y el denso olor de las especies de la matanza flotando en torno.

María Isidra llegó sin aliento, en parte por la emoción y en parte por los dos tramos de escalera que había subido corriendo.

—¿Sabéis? Está aquí la señora Juana. Dice que su marido no fue anoche a dormir a su casa. Que le debió ocurrir algo. Está llorando ahí abajo, en el zaguán, con mamá.

Nos miramos y, sin decir nada, nos levantamos los tres a la vez. Y fuimos a asomarnos al rellano de la escalera.

La señora Juana estaba abajo hablando con la tía Paulina. La señora Juana era muy alta, con los ojos muy grandes y las cejas y el pelo negro. En el pueblo tenía fama de guapa y se decía que, en su juventud, había sido la más hermosa de la comarca, pero a nosotros nos daba algo de miedo verla tan seria siempre, tan alta, con los ojos tan grandes y redondos. Era la mujer del señor Bienvenido y tan seria y tan triste como su marido alegre y bromista.

Ahora estaba llorando y gruesos lagrimones le rodaban cara abajo.

—No vino a dormir, Paulina. Se mar-

chó con el perro y la escopeta por la mañana y dijo que volvería al anochecer. ¡Y no volvió! Seguro que ha ocurrido alguna desgracia.

Joaquín murmuró a mi espalda:

—¡Vaya lágrimas más gordas!

María Isidra comentó bajito:

—Debe de ser porque tiene los ojos tan grandes. Yo creo que un día se le pueden caer al suelo.

Manuel se dio vuelta furioso.

—¿Queréis callar? No me dejáis escuchar.

La tía Paulina intentaba tranquilizar a la señora Juana.

—No hay razón para preocuparse, Juana. Bienvenido puede...

Se calló en seco, dudando, y la señora Juana habló muy de prisa.

—¿Lo ves? Tú tampoco encuentras ningún motivo para que no haya llegado a casa.

La tía Paulina se encogió de hombros.

—Sí hay motivo, pero puede ser que a ti no te guste. Bienvenido puede encontrarse en alguna taberna, borracho perdido desde ayer.

—No en las de este pueblo. Ya fui a ver.

—Puede estar en otro pueblo.

—¡No! No es capaz de hacer eso — casi gritaba.

La tía la contempló con tranquilidad.

—Ya te dije que era posible que no te gustase. Anda, vete a casa y no pienses más disparates. A lo mejor, mientras tú estás aquí, él ha vuelto a casa y quiere comida y una camisa limpia.

La acompañó a la salida. La señora Juana iba secándose los ojos con un enorme pañuelo blanco. La tía cerró la puerta y al volverse nos vio en el rellano.

Se dirigió a nosotros con brusquedad:

—Vosotros, en vez de estar fisgando, ¡a jugar!

Salimos a toda velocidad y seguimos corriendo por la calle hasta llegar a la Plaza Mayor.



CAPITULO III



EL REGRESO DE ZAUZ

Al día siguiente, durante el almuerzo, la tía Paulina dijo:

—Bienvenido sigue sin volver.

El tío Jacinto se sentaba a la cabecera de la mesa. Era alto, todavía joven, de movimientos pausados, como si fuese el dueño del tiempo y nunca tuviese prisa. Tenía el pelo gris, y algunas arrugas finas en la cara; siempre iba bien afeitado. El tío Jacinto tenía la manía de la limpieza, y aunque en el pueblo la mayor parte de los hombres se afeitaban los sábados, y los más elegantes los jueves y los sábados, el tío lo hacía todas las mañanas con una máquina eléctrica que le había rega-

lado mi padre. Luego, cuando volvía del campo, a la caída de la tarde, se lavaba en el patio, en el chorro de la vieja bomba, la de antes de que el pueblo tuviese agua corriente, y nos obligaba a nosotros a frotarnos hasta que nos relucían las narices.

El tío partía siempre el pan. Dejaba un trozo al lado de cada plato. Siempre era el primero el de la tía y siempre procuraba que fuese el trozo que tenía más corteza. Y a mí, esa diaria atención con su mujer, me calentaba el corazón.

La tía Paulina siguió:

—La señora Juana habla ya de hacer una denuncia en el puesto de la Guardia Civil para que busquen a Bienvenido.

Tío Jacinto preguntó:

—¿No lo ha hecho ya?

—No. Tenía miedo de que el pueblo pensase que mandaba a la Guardia Civil a buscar a su marido como el que manda por un niño extraviado. Que su marido podía tener otros planes de los que no hubiese dicho nada.

—¡Tonterías de mujeres! A Bienvenido tiene que haberle ocurrido algo; si no, hubiese avisado a su mujer.

—¿Alguna enfermedad?

—No, los médicos hubiesen mandado recado. Y sobre todo, Bienvenido no es capaz de dar ese disgusto a su mujer.

—Sin embargo nunca demostró quererla mucho —dijo pensativamente la tía.

—Bienvenido era algo frío para demostrar cariños —replicó el tío Jacinto—. Sin embargo fue un buen hijo y ha sido un buen marido. ¡Con tal que no lo obligasen a trabajar! Claro que el mal le venía de familia. En su casa ningún hombre trabajó. Mi padre decía que el mejor tirador de la región era el padre de Bienvenido, pero que nadie lo vio poner la mano en el timón del arado. Y el hijo salió a él. Dicen que en Africa, los hombres cazan y hacen la guerra y las mujeres trabajan en la casa y en la tierra. La familia de Bienvenido debe descender de esos hombres.

La tía Paulina rió.

—Pues entonces se acabó la raza, porque ellos no han tenido hijos que hereden la costumbre.

María Isidra intervino:

—Papá, me ha dicho Fernando que : al

señor Bienvenido no ha podido ocurrirle nada.

El tío Jacinto se volvió hacia mí.

—¿Y por qué?

Yo casi me atraganté.

—El señor Bienvenido se fue de caza. Y llevaba al perro, a Zauz; cuando les sucede algo a los amos, los perros vuelven.

El tío Jacinto comió un rato en silencio. Luego, me dijo:

—Sí, tienes razón; los perros vuelven... si es que no les ha ocurrido algo a ellos también.

Nos quedamos pensando en aquella posibilidad que no se nos había ocurrido y terminamos la comida en silencio.

Era sábado. No había escuela y salimos corriendo a la calle. Teníamos un montón de ideas en la cabeza. Y queríamos ver la película que daban en el cine el domingo.

Corrimos por la calle, persiguiéndonos unos a otros como a perros que les hubieran soltado la correa tras un largo encierro.

Llegamos a la plazuela, ancha y sin asfaltar, con el suelo de tierra que se con-

vertía en remolinos en cuanto el viento cambiaba de dirección; allí estaba el local que hacía de cine los domingos de cuatro a seis, luego de baile, y después, por la noche, de cine otra vez.

Joaquín corrió a ver la cartelera colocada encima de la taquilla. Manuel y yo nos quedamos muy quietos en el centro de la plaza. Al lado de la puerta del cine, muy tieso, lleno de polvo, con las orejas levantadas y un gran trozo de lengua fuera de la boca, estaba un perro. Era un gran perro de pastor, con el pelo manchado de barro. Al vernos aulló débilmente.

Manuel dijo:

—¡Es Zauz! ¡Zauz!

El perro meneó el rabo y vino hacia nosotros. Era efectivamente Zauz, el perro del señor Bienvenido.

Había vuelto.



CAPITULO IV



LOS GUARDIAS CIVILES

Regresamos a casa corriendo, con Zauz a nuestro lado sin dejar de gemir.

Entramos como una tromba y nos quedamos parados en el umbral del comedor. El perro, que parecía muy cansado, se echó en el suelo.

La tía estaba sentada al lado del cesto de la ropa de planchar; el tío hojeaba distraídamente el periódico. Los dos levantaron la cabeza y nos contemplaron sorprendidos.

La tía dijo:

—¿Cómo, de vuelta tan pronto? ¿Qué pasa?

De súbito se quedó callada. Acababa de reconocer al perro.

El tío Jacinto aplastó su pitillo contra el cenicero y dobló el periódico con su acostumbrada tranquilidad.

—Vamos a la Guardia Civil.

Salimos a la calle. Componíamos un extraño grupo. El tío Jacinto, nosotros tres y Zauz todo sucio de barro.

Caminábamos con las caras serias, y la gente que nos veía comprendía que algo grave había sucedido.

Ya ante el cuartelillo, el tío nos detuvo.

—A ver cómo os portáis. Que se note que sois formales.

Nos recibió un guardia y el tío lo saludó como a un viejo conocido. Manuel y yo recorríamos con la mirada la pequeña oficina y al guardia de uniforme verde. Nos impresionaba.

Tío Jacinto hablaba con el guardia.

—No sé si tendrán ustedes la denuncia; el señor Bienvenido, el que vive al lado

de casa, se marchó de caza antier por la mañana. No volvió por la noche, y ahora mis chicos han encontrado a su perro. He considerado que lo debían sa-

ber ustedes. El perro está tal y como lo encontraron.

El guardia dijo al tío:

—Tendrá que hablar con el cabo —y se volvió hacia nosotros—. Vosotros, chicos, quedaos aquí con el perro, ¿eh?

Nos sentamos en el banco que había al lado de la mesa del guardia. Zauz se fue a acurrucar a nuestro lado; parecía atemorizado y Manuel lo acarició maquinalmente. De repente se volvió.

—¡Fíjate, Fernando! Lo han apaleado.

Miré. En la pelambreira de Zauz, a pesar del barro, se notaban unas líneas lívidas y desiguales. En algunos sitios el pelo faltaba. Y el perro se quejaba al tocarlo.

Manuel estaba muy excitado.

—Desde luego, al señor Bienvenido le ha ocurrido algo serio.

El guardia salió del despacho del cabo. Se sentó tras su mesa y nos llamó.

Nos acercamos algo asustados. El guardia estaba muy serio.

—¿Dónde encontrasteis al perro?

—En la puerta del cine.

—¿Por qué se fue con vosotros?

—Nos conoce. Es el perro del vecino.

—¿Lo han maltratado?

—Lo han apaleado.

El guardia acercó la silla a la máquina de escribir y estuvo tecleando un rato. Luego nos dijo:

—Ya os podéis ir. Os llamaremos si necesitamos saber más cosas.

Salimos. Manuel le pegó una patada a una piedra. Parecía preocupado. Yo me acordé entonces de otra cosa. Les dije a los primos:

—Debemos ir a casa de la señora Juana. Hay que curar al perro y debe saber que ha vuelto.

Fuimos despacio, desandando el camino que habíamos hecho tan de prisa. Al llegar delante del portón de la señora Juana lo vimos entreabierto. Entramos. El zaguán estaba solitario, pero de la cocina llegaban las voces de la señora Juana, de la tía Paulina y de otras mujeres. Comprendimos que la tía ya le había dicho a la señora Juana que el perro había aparecido.

Nos detuvimos en la puerta de la cocina. Todas las mujeres levantaron la vista al oírnos. La tía estaba preparando algo

en el fogón; debía ser tila, porque el olor flotaba en el aire de la cocina. La señora Juana lloraba y se lamentaba en voz alta, mientras las otras mujeres le decían que se calmase.

La tía Paulina preguntó:

—¿Vosotros qué hacéis aquí?

Manuel contestó:

—Vinimos a traer el perro. Creímos que la señora Juana no sabía que había vuelto.

—Pues lo sabe. Llevaos ese perro de aquí.

—Pero es necesario lavarlo y curarlo —dije—. Se ha hecho daño con los espinos y le han pegado.

Lo que estaba cocinando se derramaba y la tía Paulina retiró el cacharro de la lumbre. Luego se volvió a nosotros con impaciencia.

—Llevadlo a casa y curadlo vosotros. La señora Juana no está para cuidar perros.

Salimos de la casa con Zauz detrás. No entendíamos el mal humor de todo el mundo. Nosotros no habíamos hecho nada malo.

Cruzamos a nuestra casa y llenamos de agua el pilón. Con un cepillo limpiamos al pobre animal. No tenía heridas, sólo algunos arañazos y el pelo arrancado en los sitios en que había recibido los palos.

Le di agua y algo de comida. Manuel me dijo:

—Que no coma mucho, no sea que le haga daño.

Pero el perro tampoco tenía hambre. Sólo quería agua y dormir.

Aquella noche cenamos muy tarde. La tía hablaba de que la señora Juana se había puesto muy enferma al saber que el perro había regresado solo, pero no le hacíamos mucho caso. María Isidra, que había pasado la tarde con sus amigas, quería saber lo sucedido, y Joaquín se dormía en la mesa. Estábamos demasiado cansados para hablar. Manuel bajó un momento al patio para atar al perro para que no se marchara a su casa por la noche, y nos quedamos dormidos apenas apoyamos la cabeza en la almohada.

Pero no pudimos dormir mucho. Una hora más tarde, un estremecedor aullido

nos despertó a todos. Y seguro que despertó también a la señora Juana y a todos los demás vecinos.

En pijama, sin ponernos siquiera las zapatillas, Manuel y yo nos asomamos al patio.

Zauz estaba en el centro del patio, tirante la cuerda con que lo atara Manuel. Muy tieso sobre las patas, con la cabeza alzada a las estrellas. Los ojos relucían en la oscuridad y sobre el suelo de cemento parecía negro, más oscuro de piel, como un verdadero lobo. Volvió a aullar. Sentimos pasos detrás y el tío Jacinto se asomó también. Zauz seguía con sus aullidos, con una nota penetrante que causaba escalofríos. Sin embargo, no era ése el lastimero gemido con que los animales anuncian la muerte; era otra cosa, como una llamada, como si quisiera avisar algo.

La tía Paulina se unió a nosotros atándose el cinturón de la bata.

Se pasó la mano por la frente como si estuviese sudando y dijo:

—Jacinto, por Dios, vete a soltar ese perro. Que no aülle más.

El tío le puso una mano en el hombro.

—No puedo hacerlo, Paulina. No puedo marcharse. Mañana los guardias darán una batida con el perro.

—¿Y vamos a estar toda la noche así?

—Si no queda más remedio...

Otro aullido estremecedor cortó el aire. Oímos cómo se cerraba una ventana de golpe en alguna de las casas vecinas. La tía dijo de nuevo:

—Jacinto, lo estará oyendo la señora Juana. Y va a volverse loca.

Manuel pidió:

—Papá, déjame bajar por él al patio. A nosotros nos conoce y, si lo metemos dentro de la casa, a lo mejor no ladra. Será que se siente solo.

El tío Jacinto aprobó:

—Bien. Si sigue aullando, lo mismo nos da que esté dentro de casa que fuera. De todas formas, no podremos dormir. Anda, ponte las zapatillas y el abrigo, yo voy a bajar contigo, no sea que ese perro haya perdido la memoria al mismo tiempo que los buenos modales.

Desde la ventana, la tía y yo vimos cómo se acercaban al perro y soltaban la cuerda que lo amarraba. El perro no se

revolvió, ni protestó y siguió al tío Jacinto y a Manuel dócilmente al interior de la casa. Entraron en la cocina y Manuel dijo:

—Parece que se ha tranquilizado; estaba temblando.

El tío Jacinto apagó la luz de la escalera y ordenó:

—Todos a la cama. Hace frío y mañana tengo que madrugar. Los de la Guardia Civil vendrán a las seis.

Apagamos la luz del pasillo y, seguidos por el perro, nos fuimos a nuestro cuarto. Zauz se hizo un ovillo a los pies de las camas y pareció quedarse dormido.

Manuel y yo nos metimos en la cama y nos tapamos tiritando. La cama estaba helada y nosotros también.



CAPITULO V



LA BATIDA

Al amanecer, con una turbia claridad en la habitación, Manuel y yo saltamos de la cama. Nos habíamos puesto de acuerdo la noche anterior. Queríamos ir con el tío y los guardias.

El tío Jacinto desayunaba en la cocina cuando Manuel y yo bajamos, ya vestidos.

—¿Qué hacéis a estas horas?

Manuel dijo:

—Queremos ir contigo.

La tía Paulina, que vigilaba la leche que hervía en el fogón, comentó sin volverse:

—¿Estáis locos?

—Tía — dije —, es domingo. No tenemos escuela y nosotros conocemos bien al perro.

La tía Paulina se volvió, olvidándose de la leche.

—¡Tonterías! Si es domingo, es para que descanséis. Y no sois los únicos que saben manejar ese perro.

La leche aprovechó para hervir y derramarse, y tía Paulina volvió al fogón disgustada. Manuel y yo miramos al tío Jacinto en busca de apoyo, pero desayunaba sin mirarnos siquiera.

—El perro vendrá mejor con nosotros —insistí.

—¿Y es que creéis que los guardias os necesitan para seguir un rastro?

Tío Jacinto dijo al fin:

—Anda, mujer, ponles el desayuno. Por un paseo por la mañana no les va a pasar nada.

Di un salto de alegría.

—¡Gracias, tío!

Tía Paulina sacó dos tazas del estante.

—Por lo menos, subid y poneos los suéteres gruesos.

Subimos corriendo y en cinco minutos

estuvimos de vuelta. Nos tomamos el café con leche tan caliente, que a mí se me salían las lágrimas, y un momento después, con el pan en la mano y Zauz atado a una cuerda, estábamos en la puerta.

El tío Jacinto hablaba con el cabo de la Guardia Civil y con otros hombres.

Saludamos y el cabo preguntó:

—¿Este es el perro?

El tío Jacinto afirmó:

—Sí, cabo. Y estos son mis chicos; ya los vio ayer, cuando encontraron al perro. Quieren venir con nosotros porque dicen que el perro los conoce y se dejará guiar mejor.

El cabo nos guiñó un ojo con gesto divertido.

—Y por afán de aventura también, ¿eh? En fin, si prometéis no estorbar, ni quejarnos de cansancio..., podéis venir.

Emprendimos la marcha. El sol, un sol tímido y amarillo, que no podía con la neblina de la helada, asomaba tras los riscos de la sierra. Soplaba un vientecillo tan fino y cortante como si estuviese hecho de agujas de cristal. Caminamos de prisa y Manuel le soltó la cuerda al perro.

Zauz pronto tomó la delantera. Parecía saber lo que se esperaba de él. La noche de reposo, con la limpieza y la comida del día anterior, habían borrado del animal toda huella de malos tratos. Iba derecho hacia el campo abierto y, de cuando en cuando, volvía a ladrar, con la misma nota penetrante de la noche anterior, aunque en un tono más bajo.

Detrás del perro íbamos todos; caminábamos de prisa para lograr entrar en calor, y detrás de Manuel y yo, desplegados y comentando, los guardias, mi tío y el señor Martín, el hermano de la señora Juana, que tenía la carnicería del pueblo.

Todo el campo estaba en silencio, en ese silencio especial que acompaña al amanecer. Se oían nuestras pisadas y el leve rumor de las patas del perro. El señor Martín sacó la cajetilla y ofreció tabaco a los demás. El ruido del mechero sonó como un pistoletazo y el olor del tabaco llegó hasta nosotros. Manuel dijo en voz baja:

—Harán que el perro pierda el rastro con su manía de no estar cinco minutos sin fumar.

—Parece que sabe a dónde se dirige —le contesté.

Efectivamente, Zauz no parecía seguir un rastro. No olfateaba el suelo, ni buscaba, ni daba vueltas oliendo el sendero. Iba derecho, sin prisa, pero sin detenerse en ningún momento. Conocía su camino.

Anduvimos cerca de una hora, sendero adelante hasta el límite del pueblo. Dejamos atrás las colmenas, los hornos de los alfares, las eras.

El silencio había desaparecido con los mil ruidos del campo ya despierto y el sol calentaba el suelo endurecido por la helada.

De pronto, Zauz dio una corta carrera y se quedó quieto en un punto. Olfateó el suelo y se sentó sobre los cuartos traseros. Levantó el hocico hacia el sol amarillento y volvió a aullar. Repitió el terrorífico ladrido-aullido de la noche anterior, con aquel sonido estremecedor que ahora, ampliado en campo abierto, era como un gigantesco lamento.

Nos quedamos quietos, cada uno en su sitio, mientras el perro volvía a ladrar. Luego, como si nos hubiésemos puesto

de acuerdo, corrimos hacia donde se había parado el perro.

Y buscamos qué había motivado el aullido.

Y no encontramos nada.

El cabo recorría con la vista el campo. No había nada. Era terreno demasiado rocoso para sembrarlo. Algunas rocas, peñascos, zarzas, nada que diese una pista del señor Bienvenido.

A mí me sonaban los dientes como si tiritase y, sin embargo, no tenía frío. Era el efecto de los ladridos de Zauz.

El guardia se alejaba mirando al suelo y me fui con él.

Sobre la tierra endurecida y cubierta de yerbajos helados, se veían huellas de pies y un largo surco. Y lo más importante: una huella negruzca.

El guardia se incorporó y llamó:

—¡Cabo!

El cabo y los demás se acercaron en seguida, y todos los ojos fueron a las huellas del suelo.

El guardia explicó:

—Dos hombres —señaló las pisadas— arrastraron algo. Algo que manchaba.

El señor Martín intervino:

—¡Pudieron arrastrar cualquier cosa! No sabemos si son huellas de mi cuñado o no. Por este sitio, por aquí mismo, habrán venido otras personas.

El cabo dijo:

—Para eso hemos traído al perro, señor Martín. Y si después de esos aullidos cree usted que se ha equivocado de sitio, es que no ha escuchado bien a ese animal. Indudablemente, su cuñado estuvo aquí. Y ocurrió algo. Trataremos de averiguar qué fue.

Se volvió a nosotros:

—¡Eh, chicos! Vosotros que conocéis el perro, a ver si conseguís que siga el rastro.

Fuimos a donde había quedado Zauz. No se había movido y estaba echado en el suelo, jadeante y tembloroso como si hubiese dado una larga carrera. Intentamos que nos siguiese, pero fue inútil. Manuel gritaba:

—¡Zaus! ¡Zauz! ¡Aquí, Zauz!

El perro no se movió hasta que le sujeté la cuerda y lo halé. Parecía clavado en aquel sitio.

Seguimos la dirección que marcaban las huellas, pero ahora sí que el perro, verdaderamente, seguía un rastro. Olfateaba todo el tiempo, iba y venía, retrocedía y avanzaba muy de prisa para quedarse súbitamente detenido. En una palabra, se comportaba como el perro de raza que era. Seguimos un rato las huellas, pero el terreno se hacía más duro, y las señales desaparecieron. Zauz correteó un poco hacia adelante y atrás y se echó. Parecía cansado, aburrido e indiferente.

El cabo ordenó a los guardias que buscasen por todo el terreno. El señor Martín volvió a ofrecer tabaco.

Tío Jacinto encendió los pitillos y los hombres fumaron en silencio. Manuel y yo nos quedamos a su lado, dando patadas en el suelo helado. Hacía mucho frío.

Así transcurrió cerca de una hora. El señor Martín y tío Jacinto hablaban de la cera, de los panales y de la cerámica que mi tío llevaría a la feria de Villaltares.

Los guardias regresaron.

—No hay nada. No lo entiendo. Ningún hombre, vaya por sus pies o lo lleven, se esfuma sin dejar rastro. Aquí no

hay casas, ni cabañas, ni yo conozco ninguna cueva. ¡Como no se lo llevasen en coche...! ¡En fin...! Volveremos al pueblo y usaremos el jeep para seguir buscando más allá de aquellas peñas. Indudablemente, ocurrió algo y el perro lo presenció, pero no sabe más. Tal vez lo atontaron de un golpe.

Muy despacio, volvimos al pueblo. El sol ya estaba alto y convertía la escarcha en agua sucia.

En la puerta de casa nos cruzamos con tía Paulina.

—¿Apareció?

Negamos con la cabeza. Estábamos cansados y teníamos frío.

La tía gritó mientras se alejaba:

—Os he dejado leche caliente en la cocina. Debéis estar helados. Cambiaos los suéteres.



CAPITULO VI



LA SEÑORA JUANA

El domingo por la tarde, después de comer, fuimos los cuatro —María Isidra también— a devolver el perro a la señora Juana.

Zauz ya se encontraba bien y no nos parecía correcto conservarlo. La señora Juana lo querría, ya que el señor Bienvenido lo estimaba tanto. En cuanto dejásemos el perro, nos iríamos al cine.

Llamamos al portón y la misma señora Juana nos salió a abrir. Impresionaba. Se había vestido de negro y parecía mucho más alta. Bajo los enormes ojos negros se marcaban unas ojeras violeta. Estaba

muy pálida y hasta la nariz la tenía más larga.

María Isidra retrocedió y se agarró a la manga de mi chaqueta. Tenía miedo y no me extrañó. La señora Juana resultaba fantasmal.

—Pasad. ¿Qué queréis?

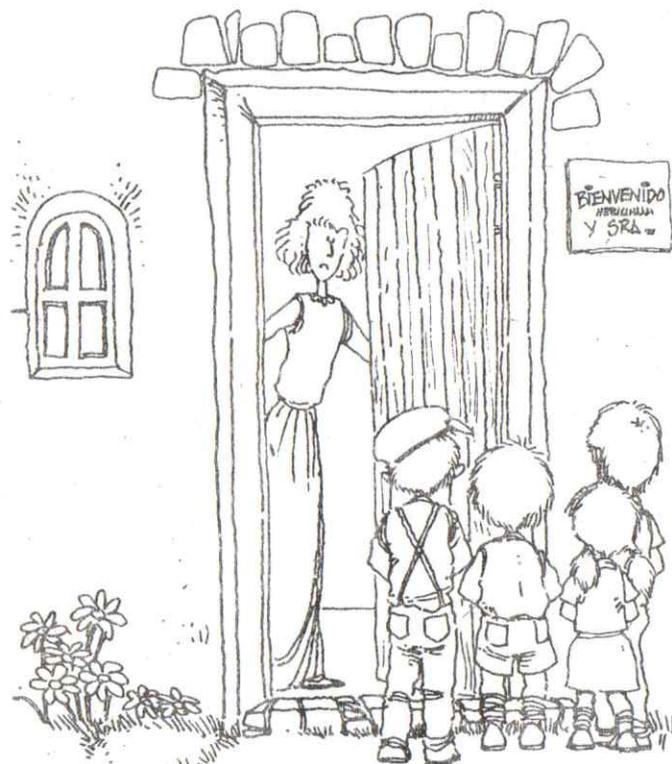
Nos hizo sentar en un banco del zaguán, que a pesar del sol exterior, estaba helado y en penumbra. Se sentó ella también y nos contempló en silencio. En la media luz del zaguán, el cuerpo, vestido de negro, desaparecía y sólo se destacaba la cara, tan blanca como la cal y los ojos igual que pozos.

Zauz gimió, pegado al suelo, y me recordó a qué íbamos. Tosí para llevar algo de saliva a la garganta y miré a mis primos. Tanto Manuel como Joaquín parecían fascinados. María Isidra estaba aterrorizada.

—Quisiéramos devolverle el perro, señora Juana. Ahora ya se encuentra bien y no le dará trabajo.

—¿Y para qué quiero yo el perro?

Manuel intervino en la conversación desde su inmovilidad.



—Es suyo.

—¡Era de mi marido!

Le dije:

—Creímos que le interesaría tenerlo.

—¿A mí? ¡Lo odio! Iba con Bienvenido y, sin embargo, no supo defenderlo. Dejé que cualquiera le diese un mal golpe.

Yo estaba helado; de frío, de miedo y, ahora, de asombro. ¿Qué historias le habían contado a aquella mujer?

—¡Pero señora Juana! Aún no se sabe nada. No debe usted pensar eso. El señor Bienvenido puede estar bien.

—¡Tonterías! Palabras bonitas que no me consuelan. ¿Es que creéis que no sé la verdad? ¡Bienvenido ha muerto!

Empezó a llorar. Los lagrimones le resbalaban hasta el cuello.

—Pero señora Juana —la interrumpí—, no se sabe nada; de verdad. Nosotros fuimos esta mañana con la Guardia Civil.

—¡Ya! ¿Y qué encontrasteis? Huellas en el lugar en que lo mataron. ¿No es bastante?

Pensé que su hermano, el señor Martín, le había contado a su modo lo sucedido.

—¡No lo hemos encontrado! Puede haberle pasado algo, desde luego, pero eso no significa que esté muerto. Puede estar en cualquier hospital de otro pueblo...

—¡Está abandonado en cualquier sitio, por ahí! Y por la noche...

María Isidra se puso en pie con un grito.

—¡Vámonos!

Estaba blanca del susto. Manuel y Joaquín se levantaron también y casi corrieron a la puerta.

La señora Juana los llamó:

—¡Chicos! Esperad. ¿No queréis comer un bollo?

Manuel abrió la puerta y salieron a la calle. La luz del sol, al colarse en el portón, despejó las sombras del zaguán.

Ni atados hubieran comido bollos mis primos. Disculpé:

—Queríamos ir al cine.

Manuel gritó desde fuera:

—¡Vamos Fernando!

—¡Al cine! —dijo—. Claro para vosotros esto es un juego. No sentís nada.

Ahora que la luz entraba en el zaguán ya no me asustaba la señora Juana.

—No es eso señora. Es que no sabemos todavía si ha pasado algo malo.

—Yo lo sé muy bien — sacó su enorme pañuelo blanco y se limpió los ojos y la nariz—. Mi marido ha muerto y, a pesar de su mal genio y lo dejado que era para el trabajo, yo lo quería mucho.

Yo pasaba de sorpresa en sorpresa. ¿Mal genio el señor Bienvenido? ¡Si era el más alegre del pueblo!

—¿Quieres hacerme un favor? Dile al párroco que quiero que celebre un funeral el lunes. Ya sé que se lo digo con muy poco tiempo, pero él comprenderá. Díselo de mi parte. Yo no voy a salir de casa hoy.

Caminé hacia el rectángulo de sol que el portón abierto marcaba en el suelo.

—Lo haré, señora Juana. Quédese tranquila. Y no piense en esas cosas.

Volvió a sacar el pañuelo. Desde fuera se escuchó la voz de Joaquín.

—¡Fernando! ¿Vienes?

Volví al motivo de la visita.

—¿Y el perro?

La señora Juana se encogió de hombros.

—Podéis quedaros con él. ¡A mí qué me importa el perro! Os lo regalo.

—Pero es un buen perro. Vale mucho dinero. Y el señor Bienvenido lo quería mucho.

—No me importa. No lo quiero ver. El pobre Bienvenido lo había entrenado para ir de caza con él. Y en esta casa nadie saldrá ya de caza.

Se fue hacia el interior de la casa con la cara tapada con el pañuelo. Llamé:

—¡Zauz!

El perro salió de debajo de una de las sillas y se acercó a la puerta parpadeando a la luz del sol. Salimos y halé con cuidado del portón hasta que escuché que el pestillo había encajado.

Afuera, mis primos dieron un suspiro de alivio al verme aparecer. María Isidra se acercó.

—Creímos que te había raptado la bruja.

—No es una bruja, María Isidra.

Joaquín echó a andar calle abajo.

—No lo será, pero hace todo lo posible por parecerlo.

Manuel se emparejó conmigo.

—Me ha dicho que encargue un funeral para mañana.

—¿Funeral para mañana? ¡Esa mujer está loca!

—Y quiere que yo se lo diga al cura —añadí, triste.

—¿Con el mal genio que tiene? Seguro que ella no quiere dar la cara. Tú, ¿qué le contestaste?

—Que sí.

—¿Por qué? ¿Para cargar tú con los gritos de don Cosme?

Asentí. Las cosas en la calle y a la luz del sol eran distintas a como se veían en el zaguán, frío y oscuro, delante de aquella mujer enlutada y llorosa.

—Me dio pena. Además, don Cosme no tiene por qué gritarme a mí. Yo sólo doy un recado.

—Chico, ¡pareces tonto! Don Cosme grita primero al más cercano y luego a todos los demás.

Y es que el mal humor de nuestro párroco era conocido en todos los pueblos de la comarca.

Nos fuimos a comprar caramelo de palo y bajamos por la calle del cine.

—¿Cuándo irás a decirle lo del funeral a don Cosme? —preguntó Manuel.

Yo no lo había pensado.

—No lo sé. Luego, antes de la misa de la tarde.

—Buena te espera. A don Cosme le gusta saber las cosas con tiempo. Un funeral para el señor Bienvenido. Y para mañana... ¡Uf!

—Don Cosme es muy bueno —contradije para animarme.

—Sí, nadie lo niega. Si no fuese por el genio, ¡un santo! Si él mismo lo dice.

Chupó su caramelo:

—Por cierto, ¿por qué te has vuelto a traer el perro?

—Ya lo oíste. Dijo que nos lo regalaba.

—¡Bien! Ya tenemos perro.

De pronto, María Isidra dijo:

—¿No íbamos al cine?

Joaquín exclamó:

—¡Claro! Vosotros, los mayores. ¿Qué hora es?

Manuel y yo miramos al mismo tiempo el reloj.

—Las cinco menos cuarto.

—¡Ya no llegaremos al cine! —Joaquín

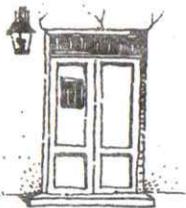
estaba muy enfadado—. Nos ha fastidiado la tarde. ¡Además, eso! Nos da un susto de muerte en aquel zaguán oscuro y ella diciendo cosas de muertos y nos deja sin ir al cine. ¡Con lo buena que era la película! ¡De indios! ¡De muchos indios! ¡Con vaqueros y tiros! ¿Sabéis cuándo habrá otra igual? ¿Sabéis lo que os digo? ¡Que sois tontos!

Se puso en medio de la calle y nos hizo la burla:

—«¡Vamos a llevar el perro a la señora Juana!» y mamá nos da un regaño y nos manda a casa con el perro. «Vamos a devolver el perro a la señora Juana» y nos da un susto y nos deja sin cine. Y seguimos con el perro. Si nos lo hubiésemos quedado desde el primer momento...

—No hubiera estado bien, Joaquín.

—Sí, pero daremos vueltas toda la tarde...



CAPITULO VII



DON COSME

Como Joaquín dijo, dimos vueltas toda la tarde. María Isidra se marchó a casa de una de sus amigas en cuanto vio que no iríamos al cine. Y Manuel, Joaquín y yo paseamos por la carretera, nos compramos pipas y jugamos a las canicas en el poyo de la farola de la plaza, siempre con Zauz detrás. Luego, cuando los otros chicos salieron del cine, estuvimos jugando a indios y vaqueros hasta el primer toque de campana para la misa de la tarde.

Manuel corrió hacia mí.

—¿No querías hablar con don Cosme antes de la misa?

—Sí.

—Pues ése es el primer toque.

—Ya no tengo tiempo.

—Sí tienes. Quedan veinte minutos para la misa. Y si le das el recado ahora, tendrá poco tiempo para regañar. Además, como luego tiene que decir misa, no se atreverá a enfadarse contigo. La ira es pecado.

Me pareció buen razonamiento el de Manuel y me fui a la iglesia.

Nuestra iglesia es grande y de piedra. El tío Jacinto contaba que en tiempos antiguos había costado mucho dinero traer la piedra de la sierra. En Zarzuela, a pesar de lo cerca que están los montes, no hay canteras y todas las casas son de adobe, pintado de cal o de ladrillo encarnado, cocido como los botijos. El tío decía que la iglesia la había mandado construir un vecino del pueblo que se había ido a Cuba y que con un barco traía esclavos desde Africa y se los vendía a los plantadores de algodón y a los cultivadores de caña. Ganó mucho dinero y al volver al pueblo quiso que edificasen una gran iglesia como expiación por haber comerciado con

hombres que eran hijos de Dios. La iglesia está hecha de sillares macizos y es una gran nave con una torre alta para las campanas.

Avancé por la iglesia hacia la sacristía. Don Cosme, de acuerdo con las nuevas ideas, había mandado colocar un gran altar de piedra en el centro del presbiterio. También había hecho pintar de cal blanca el fresco de atrás del altar que estaba lleno de angelitos gordos y sonrosados sobre nubes azules y con mucha purpurina dorada. Y prohibió las flores de plástico.

En el sermón de la misa, dijo un día:

—Os ruego a todos, hermanos, que no traigáis flores artificiales al Señor o a la Virgen. Ofrecer a Dios flores de plástico es lo mismo que regalar a nuestra madre una tarta de adorno, de esas que están de muestra en los escaparates. Cuando no tengamos flores, porque no sea el tiempo, cualquier planta de campo, colocada con cariño, hasta los humildes cardos, agrada a Dios.

Y como lo dijo muy en serio, con su vozarrón, todo el pueblo hizo caso, aun-

que las mujeres refunfuñaron durante un mes, escandalizadas.

Entré en la sacristía. Don Cosme se vestía para la misa y volvió la cabeza al oírme.

—¡Ah! Fernando. ¿Qué quieres?

Debieron oírlo en la iglesia. En realidad, don Cosme no gritaba mucho; lo que sucedía era que tenía una gran voz. Cuando en misa decía: «Rogad hermanos», parecía un general hablando a la tropa. Y el sermón se le oía desde la plaza.

—Quería darle un recado, don Cosme.

—Venga el recado.

—La señora Juana quiere que celebre usted un funeral por el señor Bienvenido mañana lunes.

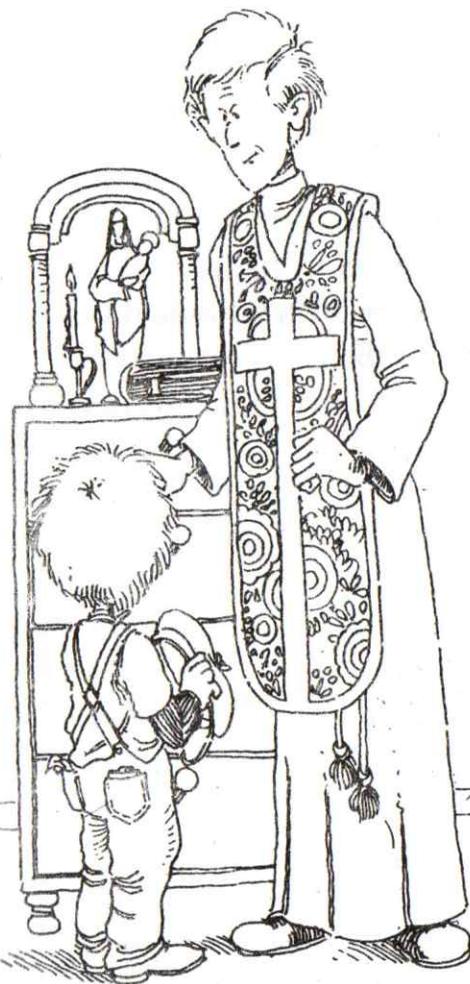
Lo había soltado todo de un tirón.

Don Cosme consultó el reloj de la sacristía y se volvió hacia mí. Era un hombre muy alto y fuerte. Tendría unos cuarenta años y el pelo gris. Daba sensación de fortaleza.

Dijo:

—¿Por el señor Bienvenido? ¡No!

Me encogí de hombros. Yo había cumplido con el encargo.



—Buenas tardes, don Cosme.

—¡Eh! Espera. Te voy a explicar por qué no lo haré —observó de nuevo el reloj—. ¿Por qué la señora Juana te ha enviado a ti?

—Dijo que no podía salir de casa.

—¡Ya! Grito demasiado, ¿no?

—Bastante, don Cosme —sonreí.

—Ya —repitió. Se paseó por la sacristía—. De manera que la señora Juana quiere un funeral para su marido. Para mañana lunes. ¿Cuándo ha muerto?

—No se sabe.

—Eso tenía entendido yo. Ya vi a Juana ayer. Estaba histérica perdida, pero se entendía; ahora, según dices, sólo piensa en la muerte. ¡Qué mujer! Dile que no habrá funeral. Funeral se hace a los muertos y su marido, de momento, sólo ha desaparecido.

—¿Los funerales sólo se hacen a los muertos?

—¡Claro!

—Pues dice el maestro que al emperador Carlos, en Yuste, le hicieron funerales cuando todavía estaba vivo.

—Fernando, ¡no me discutas! Ni la

señora Juana es Carlos I, ni estamos en Yuste. No habrá funeral mañana.

—Pero, don Cosme...

—¡Fernando! —tronó.

Retrocedí un poco.

—Sí, don Cosme, pero está muy triste.

—¡Está bien! Diré una misa por el señor Bienvenido. Por él y por su mujer, pero una misa, no un funeral. Nada de color morado, invitaciones a los vecinos, pésames y todo eso. Comprendo lo que está sufriendo Juana, pero no le haré el juego en ese disfrutar con el dolor. ¿Cómo está ahora?

—Se ha vestido de negro y llora mucho. Los primos al verla salieron corriendo del susto. Dijo que aunque el señor Bienvenido tenía mal genio y no le gustaba trabajar, ella lo quería mucho.

—Puede ser que tuviese mal genio en casa, Fernando. Algunas veces, las personas más alegres, más amigas de bromas, tienen mal carácter cuando están en su casa, con los suyos. Puede que sea la compensación, no lo sé. Lo que sí sé es que Juana es triste en su casa y fuera de ella.

La campana de la torre dio el tercer toque. Don Cosme dijo:

—Buenas noches, Fernando. Y ya sabes: ofreceré la misa por las intenciones de los dos, Bienvenido y su mujer.

—Buenas noches, don Cosme.

Salí de la iglesia que estaba casi llena. En los bancos lucían las velas y olía fuertemente a cera. Eran las ocho. En la calle hacía frío. La noche estaba clara y notaba en las muñecas y en los tobillos la sensación cortante de la helada que comenzaba a caer.

Tenía sueño y estaba cansado. Me había levantado a las seis de la mañana. Y todavía tenía que dar a la señora Juana la contestación de don Cosme antes de ir a casa.



CAPITULO VIII



LUNES

El lunes, en la escuela, fuimos los chicos más despistados de toda la clase. El maestro se enfadó y amenazó con dejarnos a los tres castigados a la hora de la salida.

Yo me acordaba de la señora Juana, de los guardias que estarían tras la pista del señor Bienvenido y de Zauz, que nos había seguido a la escuela y que rondaba por la puerta, aguardando la hora.

—¡Fernando! —llamó el maestro.

Sacudí la cabeza para despabilarme.

—Sí, señor.

—¡No estás atendiendo! Bien empezamos la semana, ¿eh?

Intenté concentrarme, pero el pensamiento se me iba lejos. Cuando la campana de la iglesia dio la una y el maestro terminó la clase, suspiramos de alivio. Estábamos deseando salir.

Zauz nos aguardaba fuera, echado al lado de la verja. Estaba muy tranquilo. Le dije a Manuel:

—Vamos a volver con el perro al sitio de ayer.

—¿Qué quieres saber? —preguntó mi primo.

—A lo mejor nosotros descubrimos algo que no vieron los guardias ayer. Tenemos que darnos prisa.

Corrimos tras Zauz, que iba delante, y de cuando en cuando volvía la cabeza y meneaba la cola, para que lo siguiéramos.

Cuando llegábamos a las últimas casas del pueblo y ante nosotros se abría el campo, nos encontramos con el cabo.

Nos saludó como si fuese amigo nuestro y siguió su camino. Luego, de pronto, se volvió y nos llamó.

—¡Chicos! Venid.

Nos acercamos. El cabo nos contempló atentamente, a nosotros y al perro.

—Tú eres Manuel y tú Fernando, ¿no?

—Sí, señor —respondimos a coro.

—¿No es éste el perro de ayer?

—Sí, señor —dijo Manuel.

—¿Cómo lo tenéis vosotros?

—La dueña no lo quiere —expliqué—.

Dice que no le gusta un animal que no defiende a su amo. Nos lo regaló.

—Ya. ¿Y a dónde ibais?

Manuel hizo un gesto vago.

—Por ahí.

El cabo sonrió. Sin embargo, bajo el tricornio, los ojos eran duros.

—Por ahí... ¿A donde estuvimos ayer?

Manuel y yo nos miramos. Después afirmé:

—Sí, señor. Fue mía la idea. Quería ver si encontrábamos algo más.

Nos miró fijamente.

—Está bien. Ahora escuchadme. Me habéis parecido chicos listos y creo que me haréis caso. Los guardias civiles y los policías estudian. ¿Entendéis? Estudian sobre huellas, rastros, manchas y todas esas cosas. Por otra parte, el guardia o el policía son más o menos inteligentes. Pero siempre han hecho estudios; son



profesionales y su oficio es ése. Con esto, quiero deciros que no admitiré aficionados que busquen pistas por ahí. Aún no sabemos qué le sucedió a ese hombre y me temo algo muy malo. No os quiero merodeando. ¿Está claro?

Los dos asentimos.

—Sí, señor.

—¿Tengo vuestra promesa?

Manuel y yo nos miramos de nuevo. Pensé, de pronto, que el cabo tenía razón.

—Tiene nuestra promesa.

—Me alegro de que lo hayáis entendido. Me fío de vosotros. Tanto, que si tenéis alguna idea nueva, buscadme y lo discutiremos juntos.

—Sí, señor.

Se marchó y Manuel dijo:

—¿Crees que lo decía en serio?

—¿Qué?

—Que lo ayudásemos.

—No lo sé; puede que fuera para dorarnos la prohibición.

—En cualquier caso, lo hemos prometido.

Volvimos sobre nuestros pasos. Al llegar cerca de la iglesia, detuve a Manuel.

—Espera. Vamos a ver quién ha venido a la misa de la señora Juana.

Asomamos la cabeza; la iglesia estaba llena de mujeres y en todos los bancos ardían las velas.

Manuel susurró.

—¿Te regañó don Cosme?

—Nada.

—¡Qué suerte!

La misa era normal, como me dijera don Cosme. Sin ninguna alusión a la muerte. Nada en la liturgia podía alimentar las negras ideas de la señora Juana. Sin embargo, al fin de la misa, se colocó en la puerta de la iglesia, como en los funerales, y todas las mujeres, al salir, la besaron y le dieron el pésame. Ella lloraba mucho y se limpiaba la cara con uno de sus enormes pañuelos blancos. Parecía haber adelgazado en una noche y la ropa le colgaba de los hombros como de una percha.

Se estaba saliendo con su idea.

Tía Paulina, que salía de la iglesia, nos vio y nos tomó de un brazo a cada uno.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¡Vamos, a casa!

CAPITULO IX



LA FERIA

A la noche, dijo el tío Jacinto:

—He pensado llevaros mañana a la feria de Villaltares.

Manuel dio un salto en la silla.

—¿De veras, papá?

—De veras, si ayudáis y os portáis bien. Este año quiero vender todo lo que lleve. Es la mejor feria del año.

El tío Jacinto tenía razón. Era muy buena ocasión para vender las cazuelas de horno y los otros cacharros, porque todas las mujeres de la comarca renovaban su cocina, pensando en los asados de las Navidades. También se vendía miel.

envasada en ollitas de barro con un letrero que decía «Miel de Zarzuela» y abajo, más pequeño, «Jacinto Arnal».

Pero la tía protestó.

—¡Qué idea, Jacinto!

—Mujer, los chicos son ya mayores. Y me podrán echar una mano en el puesto.

—Bueno, pero espero que os llevéis ese perro.

Zauz no había dejado ni una noche de lanzar su extraño lamento. No callaba hasta que Manuel lo metía en casa, y la tía Paulina estaba harta de él.

—¿Para qué quieres que me lleve el perro?

—Te podrá vigilar el puesto y, si no, no se podrá dormir en los tres días de la feria.

—Bien —el tío reía. La tía Paulina les tenía a todos los perros un respeto que rayaba en miedo—, siempre puedes meterlo en casa, Paulina.

—¿Yo? ¡Dios me libre!

—Nos lo llevaremos, papá —dijo Manuel.

—Así cuidará de la caseta y la mercancía.

El tío Jacinto acordó:

—Decidido. Nos lo llevamos.

Dormimos sobresaltados, y a las seis y media de la mañana ya estábamos en pie. El tío se había encargado de pedir permiso en la escuela.

Desayunamos en la cocina sin sentarnos, por los nervios, y saltamos a la furgoneta, camino de la feria.

A media mañana estábamos en Villaltres. La feria de Todos los Santos era famosa en la provincia. De todos los pueblos acudían compradores y la Plaza Mayor estaba llena de casetas que instalaba el ayuntamiento, pintadas de blanco y verde.

—Está muy bonito, papá —dijo mi primo.

—Sí, y buen dinero nos ha costado tanta hermosura; la tasa para instalarse en una caseta es la más alta que yo he conocido.

La feria se animaba. Los vendedores abrían las casetas y colocaban la mercancía. Había cestos, telas, bisutería, quesos, tortas, dulces y los cacharros y la miel de nuestro pueblo. En corrales, fuera de la

plaza, estaban los animales de los que iban a vender ovejas, gallinas y terneros.

Pasamos la mañana muy atareados. El tiempo aclaraba, y salió un sol de invierno, tibio y amarillento. Colocamos los cacharros, la miel y las velas que vendía el tío Jacinto. Por último colgamos el cartel de muestra encima de la caseta.

A las doce llegaron el alcalde y el gobernador que inauguraban oficialmente la feria.

Cortaron una cinta a la entrada y dieron ramos de flores a las señoras que los acompañaban. Luego, pasaron todos curioseando los puestos y preguntando precios aquí y allá.

Hicimos algunas ventas antes de la hora de la comida, pero todas fueron pequeñas.

—Son las del compromiso. El capricho del momento —dijo tío Jacinto—. Esta tarde venderemos más y el fin de semana se animará de veras. Tenemos que sacar un buen beneficio al dinero gastado en la caseta. Iremos a comer por turnos. No se puede cerrar, y el puesto no debe quedar solo.

Primero se fue el tío Jacinto y cuando volvió nos dijo:

—Os he dejado reservada mesa y comida en la cantina de la estación. Os gustará; tienen buena comida.

Nos fuimos, con Zauz pegado a los talones. El tío Jacinto nos había reservado una mesa estupenda, al lado de la ventana; podríamos ver todos los trenes que pasaran.

Le pedimos al camarero que le preparase unas sobras al perro en el patio de la cantina y comimos, encantados del día tan bueno. Comimos solos, en la cantina... Cuando regresáramos a Zarzuela tendríamos cosas que contar a los chicos de la escuela por lo menos durante un mes.

Después de comer me dijo Manuel:

—Te juego una partida en la máquina, mientras nos traen el perro. El que pierda invita a chicles.

Metimos la moneda en la ranura de la máquina y comenzaron a salir extraterrestres en la pantalla, mientras sonaban pitos y extraños sonidos.

La puerta de la cantina se abrió y apa-

reció Zauz que corrió hacia nosotros, lamiéndose el hocico todavía mientras se azotaba el lomo con el rabo.

Manuel hizo un buen tanteo y me amenazó:

—¡Te va a tocar pagar a ti, Fernando!

Intenté mejorar la partida, pero los disparos no se me daban bien. Además yo soy muy lento para esa clase de juegos. Ya estaba convencido de que pagaría los chicles e incluso las pipas, si Manuel quería.

La puerta se abrió y entraron dos hombres. Llevaban cazadoras forradas de piel, bastante sucias; tenían el pelo largo y no se habían afeitado en varios días. Pasaron tan cerca de nosotros que uno de ellos me empujó con el codo.

Se acercaron al mostrador y pidieron coñac. Hablaban en voz baja. Manuel me llamó:

—¡Fernando! ¡Te están matando los marcianos!

Volví a la máquina, y en ese momento, Zauz se levantó del suelo. Lanzó un gruñido bajo y luego aquel aullido que ponía los pelos de punta.

Todos los que estaban en la cantina se quedaron callados y quietos. Zauz estaba firme sobre sus patas, algo agachado, con las orejas derechas y la cabeza baja, la garganta escondida. Los pelos de la espina dorsal estaban tiesos. Era la actitud del perro que ataca.

Escondió los labios, con los dientes al aire, y lanzó un nuevo aullido seco y penetrante.

Manuel ordenó:

—¡Zauz! ¡Echate, Zauz! ¿Qué te pasa?

El cantinero se inclinó sobre el mostrador.

—¡Eh chicos! ¿Qué le pasa a ese perro? ¡Sacad a ese bicho de aquí!

No tuvimos tiempo de hacer nada. Con otro aullido, Zauz se abalanzó como una catapulta; saltó muy alto, en busca del cuello y la cara de uno de aquellos hombres.

El hombre se protegió el rostro con los brazos. El perro gruñía y Manuel y yo saltamos a sujetarlo. El perro hizo presa en un brazo, sacudió, y el hombre cayó al suelo.

Gritaba:

—¡Quitadme ese perro! ¡Socorro! Fue sin querer. Juro que fue sin querer. No era más que una apuesta. ¡Fue sin querer! ¡Quitadme este perro!

Manuel y yo ya habíamos conseguido que Zauz soltase el brazo del hombre. La cazadora estaba totalmente desgarrada y en el brazo tenía heridas profundas de los colmillos del perro.

Se levantó del suelo sujetándose el brazo. Gritó:

—¡Me ha destrozado el brazo!

La cantina entera estalló en comentarios. Pedían que nos denunciásemos, que le pagásemos una indemnización, que mataran al perro, que si estaba vacunado, que llamasen al veterinario...

Manuel y yo estábamos pálidos. Yo sentía mucho frío en la cara, porque toda la sangre había huido.

El compañero del herido me zarandeó.

—¿De dónde sacasteis ese perro?

No contesté. Estaba demasiado asustado. Zauz se había echado, sujeto por Manuel, pero seguía con los colmillos al aire, gruñendo bajito y con los pelos del lomo tiesos.



Manuel habló con voz temblorosa:

—Somos de Zarzuela y estamos en la feria. Mi padre pagará lo ocurrido. No sabemos qué le pasa al perro. Nunca se había comportado así. Y está vacunado.

El atacado también temblaba. Su compañero se echó a reír con burla:

—¡Mi padre pagará lo ocurrido! —repetió—. ¡Como si fuese lo más importante! Importa mirar ese brazo que puede estar roto. Y ¡a saber las enfermedades que tiene vuestro perro! ¡Y no lleva ni cadena! ¡Es como llevar suelto a un asesino! ¿Os dais cuenta de que podemos denunciaros y de que os llevarán a juicio y matarán al perro?

Un murmullo de aprobación corrió por la taberna. Mi boca estaba tan seca que me parecía que la lengua me había crecido.

—Sobre todo eso: ¡matarán al perro! —recalcó—. Un perro que ataca sin motivo no puede andar suelto.

Manuel miraba al suelo. Yo pensaba en Zauz y en su extraño comportamiento; ¿se volvían locos los perros?

El hombre siguió:

—Sin embargo, ni mi compañero ni yo queremos denunciaros. Dime el número de la caseta de tu padre e iremos a hablar con él.

Manuel dio el número de la caseta del tío Jacinto y luego dijo:

—Lo sentimos mucho, señor.

Sujetamos al perro y casi lo arrastramos a la calle. No quería marcharse de la cantina.

Tras nosotros quedó una oleada de comentarios favorables a los dos hombres. Todo el mundo hablaba de su compasión hacia nosotros y nuestro perro.

Salimos lentamente de la estación. Todo el mundo nos miraba.

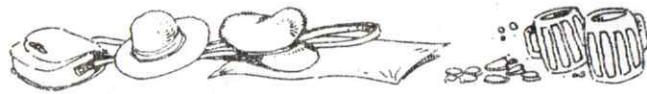
Manuel dijo:

—¡Dichoso perro! No nos trae más que disgustos. Ahora se lo tenemos que decir a mi padre.

En eso mismo estaba pensando yo.



CAPITULO X



LOS HOMBRES

Le comentamos al tío Jacinto lo sucedido en la cantina. Nos escuchó en silencio, con los labios apretados y las arrugas de la cara convertidas en surcos.

—¿Decís que saltó sobre uno de los hombres?

—Sí, papá.

—Y no quería sólo morder. Se le tiró al cuello —añadí yo—. ¿Los perros se vuelven locos?

Tío Jacinto dudó:

—¿Locos de pena o de dolor, quieres decir? No lo sé, Fernando. Nunca oí que hubiese ocurrido. Pero los perros son animales muy inteligentes y nunca se sabe

lo que serán capaces de hacer por su amo. De todas formas, hijos, cuando llegemos a Zarzuela llevaremos al perro al veterinario y comunicaremos lo sucedido al cabo de la Guardia Civil del pueblo.

—¡Pero, papá! ¡Si esos hombres han dicho que no nos van a denunciar! —suplicó Manuel.

—Si no os van a denunciar, es muy generoso de su parte. Pero ellos no saben lo sucedido con el perro y es temerario andar con un animal que ataca a quien no lo ha provocado. Y ahora, a la caseta. Ata bien al perro y, cuando vengan esos hombres, ya hablaré yo con ellos.

Volvimos al interior del puesto y durante toda la tarde despachamos botijos, cacerolas, velas y miel. El tío Jacinto estaba satisfecho con la venta y el perro se había tumbado a dormir.

Pero, a pesar de todo, yo estaba preocupado. No me explicaba el comportamiento de un perro que siempre había tenido buen carácter, ni su extraño aullido al ver al hombre, ni su actitud al atacar, como si tuviese delante a un gran enemigo.

Sobre todo, me daban vueltas en la cabeza las palabras asustadas del hombre atacado: «Fue sin querer. Juro que fue sin querer. Era sólo una apuesta».

No comprendía nada. Y el otro decía: «¿Dónde habéis conseguido ese perro?»

¿Es que conocían al perro? Todo parecía responder que sí. Y que no eran amigos precisamente.

El tío Jacinto me puso una mano en el hombro.

—¿En qué piensas, Fernando?

—En lo de la cantina.

—No te preocupes. Cuando volvamos al pueblo se resolverá todo.

—Tío, creo que ellos conocían a Zauz.

—¿Por qué?

—Porque el hombre que me sujetó, dijo: «¿Dónde conseguisteis ese perro?»

El tío Jacinto quedó pensativo; luego, dijo despacio:

—Tal vez lo conocieron en otro tiempo. Eso explicaría algo las cosas. Pero ya te he dicho que no pienses en ello. ¿Es que te va a amargar el día el perro?

Sonreí.

—No, tío.

—Así me gusta. ¿Tienes dinero?

—Sí.

—Pues, anda, date una vuelta por la feria. Compra cualquier cosa que te guste y que no sea muy cara.

Recorrí la feria mirando lo que vendían los otros y comparé precios entre la mercancía de mi tío y la de los otros puestos. Me compré un paquete de chicles y ya estaba a punto de meterme uno en la boca cuando me acordé de los que había perdido en la partida de la máquina de la cantina y compré otro paquete para Manuel.

Seguía preocupado con el asunto del perro. Me fastidiaba tener que esperar el regreso al pueblo para tener una solución, como decía el tío Jacinto.

De pronto, me acordé del cabo y de lo que nos había dicho cuando nos encontré camino de las eras; los guardias sabían y entendían. Para eso habían estudiado. ¡Ya estaba! Seguro que en Villaltares había un cuartel de la Guardia Civil. Y seguro que conocerían al cabo de Zarzuela. Le explicarían lo sucedido y sabrían qué hacer.

Pregunté la dirección al policía que cuidaba del orden de la feria y fui corriendo hasta encontrar las señas que me había dado.

Entré, todavía con la respiración jadeante por la carrera. La oficina era igual que la de Zarzuela: una mesa de madera con una máquina de escribir, un banco, algunas sillas y un guardia escribiendo.

El guardia levantó la cabeza.

—Hola, chico. ¿Qué quieres?

—Hablar con el jefe.

—¿Para qué?

—Es de parte del cabo de Zarzuela de los Barros —exageré para que me recibiera.

Entró en otro despacho y salió en un momento.

—Ya puedes entrar —dijo.

Pasé a una habitación algo más grande y con una sola mesa. Detrás estaba un hombre mucho mayor que nuestro cabo, moreno y con bigote. También tenía una estrella en vez de galones.

—Bien, chico. ¿Cuál es el recado del cabo de Zarzuela?

Tragué saliva.

—Verá, señor. Yo me llamo Fernando Arnal y he venido con mi tío a la feria.

—¿Y qué?

—El cabo de mi pueblo me dijo que ustedes estudian para guardar el orden y detener a los criminales —yo intentaba adular algo—. Y ha ocurrido algo que no entiendo, pero seguro que no está bien. Mi tío ha dicho que cuando volvamos al pueblo se lo diremos a los guardias, pero pienso que vamos a tardar demasiado tiempo. Y he venido a contárselo a usted.

Ya parecía interesado:

—Cuéntame.

Le dije todo lo del perro y, para que lo entendiese, tuve que contarle la historia de la desaparición del señor Bienvenido; le dije de los aullidos nocturnos de Zauz y de la señora Juana, que se había puesto de luto y estaba encerrada en su casa sin querer ver a nadie porque su marido había muerto.

Cuando terminé, se halaba el bigote.

—Esto que dices, ¿lo está investigando el cabo de Zarzuela?

—Sí señor.

—¿Y a ti no te gustaba el aspecto del hombre de la estación?

—Parecía conocer al perro.

—¿Tú te das cuenta de que si se comprueba que el perro es peligroso te quedarás sin él? ¿Sabes que te has denunciado tú mismo?

Asentí. Cuanto más hablaba de ello, más seguro estaba de que el perro no tenía la culpa.

—Lo que pasó en la cantina de la estación fue muy raro. No lo entiendo, pero el perro no es malo. Y el cabo dice que ustedes...

—Sí, ya lo sé —me interrumpió—, que nosotros estudiamos para saber de eso. Me gustaría saber en qué enredos te has metido para que el cabo te dijese eso. ¡Guardia!

El guardia de fuera entró y se cuadró.

—¡A la orden, mi teniente!

—¡Era teniente!

Se dirigió a mí.

—Vas a darle a este guardia una descripción de esos dos hombres. Todo lo que te acuerdes: ropa, caras, color de pelo, de ojos, ¡todo!

Se volvió al guardia.

—Tome nota y pase aviso de detención. Vamos a averiguar cuál fue esa apuesta en broma. Es todo.

El teniente me acompañó a la puerta y, antes de salir, me tomó de un brazo y me miró a los ojos.

—Oye, ¿me has dicho la verdad?

—Sí, teniente.

—Bien, hijo. Ve con el guardia.

Cuando me vio volver, el tío Jacinto me preguntó:

—¿Se te han ventilado las ideas tristes?

Afirmé:

—Sí. Y, además, he visto que tienes la mejor caseta de la feria.

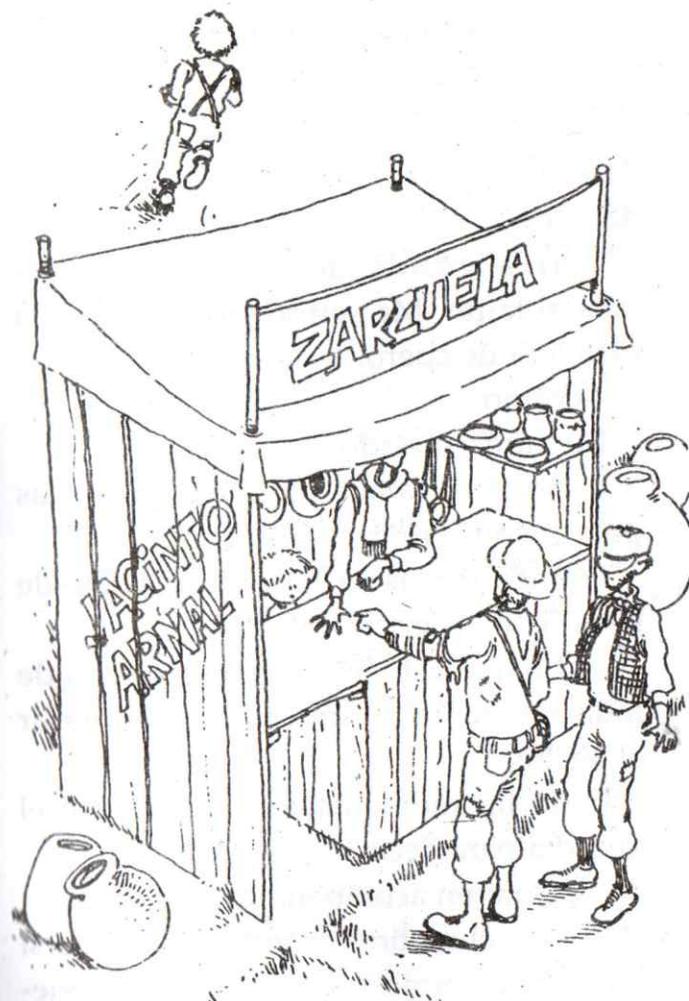
—¡Te parece a ti! ¡Ojalá fuese verdad!

Entonces vi acercarse a los dos hombres. Venían separados y el herido llevaba ostentosamente el brazo vendado y colocado en cabestrillo. Al acercarse, cambiaron un gesto.

Zauz, que dormitaba debajo del mostrador, se puso en pie gruñendo. Dije a mi primo:

—Manuel, sujeta al perro. Me voy.

—¿Tanto miedo les tienes?



No contesté; abrí la puerta de atrás y salí de prisa; antes de alejarme mucho, los oí decir:

—Usted sabrá que el perro que tienen sus hijos ha mordido a mi amigo. Ha sido un daño serio, pero nosotros queremos arreglarlo como amigos sin necesidad de denuncias; ¿usted entiende? Una cantidad adecuada por los daños...

Corrí al guardia de la feria, que ya estaba al tanto. Me sonrió y desabrochó la pistolera de cuero.

—Vamos.

Lo miré asustado.

—No hará falta —sonrió—, pero las precauciones nunca sobran.

Fuimos a la caseta del tío Jacinto. Desde lejos se le oía gritar enfadado:

—¡Lo que ustedes exigen está fuera de toda razón! Yo mismo voy a denunciar el hecho.

Calló un momento, que aprovechó el guardia para decir:

—¿Quieren acompañarme, señores?

Los dos hombres se volvieron como si los hubiese picado una avispa. Y me vieron junto al guardia.

—¡El niño! ¿Con que tenía miedo?

—¡Tienes tú la culpa! —dijo, rencoroso, el herido—. Yo hablé de irnos y tú quisiste sacar dinero. Deben de ser parientes, por eso tienen el perro. ¡Eres tonto!

—¡Y tú un charlatán! ¡Calla tu estúpida boca!

El guardia nos señaló el camino del cuartel de la Guardia Civil y, tras él, seguimos todos.





OTRA VEZ EL SEÑOR. BIENVENIDO

Por el camino conté al tío lo que había ocurrido. Me escuchó relatar mi aventura sin interrumpirme. Al fin, dijo:

—Tienes razón. Pero como te hayas equivocado y todo lo que ocurra es que su olor no le gusta al perro, nos vamos a ver en un lío.

—¡Pero yo no los he acusado de nada! Sólo he dicho que se comportaban extrañamente.

El tío Jacinto se rió.

—Esperemos que todo salga bien.

Entramos en el cuartel. Nos sentamos

en el banco; el teniente hizo pasar a los detenidos.

Esperamos durante mucho tiempo. Tal vez más de una hora. A mí el tiempo se me hacía interminable. Tenía miedo de que al tío Jacinto le ocurriese algo, alguna multa o algo así por culpa mía.

Anocheció y Manuel llegó con el perro. Había cerrado la caseta y se había venido, inquieto por nuestra tardanza.

Al rato, apareció el guardia.

—Ya pueden pasar.

El teniente, sentado tras su mesa, tenía aire fatigado.

—Siéntense y perdonen. ¿Se han cansado de esperar? Lo siento mucho.

El tío Jacinto se sentó y Manuel y yo nos quedamos de pie a su lado. El teniente se quedó mirándome fijamente hasta que me sentí incómodo. Al fin, sonrió.

—Tuviste buen olfato, Fernando.

Se levantó, fue hacia la ventana, hizo ademán de abrir y luego se detuvo. Debió acordarse del frío que hacía fuera. Se volvió a sentar y tomó un montón de papeles de la mesa.



—Según me explicó Fernando Arnal, el jueves pasado un vecino suyo, llamado Bienvenido Cifuentes, se fue de caza con su perro y la escopeta. No regresó. El sábado volvió el perro con señales de haber sido maltratado. El domingo por la mañana, el cabo del puesto de Zarzuela efectuó una requisa sobre el terreno acompañado del perro, que se puso a aullar en determinado lugar. Había pocas huellas y ni el perro ni los hombres las pudieron seguir. Posteriormente, el cabo efectuó una batida más amplia por el paraje con el jeep y algunos hombres del pueblo. Tampoco encontró nada. ¿Es así?

Tío Jacinto asintió:

—Sí señor. Exacto.

—Sigo entonces; luego, sus hijos y usted vienen a la feria con el perro y sucede lo de la cantina que ya todos sabemos; los dos hombres intentan sacarle dinero a cambio de no denunciar la agresión del perro y detenemos a los dos hombres para una declaración —hizo una pausa y tomó otro fajo de papeles—. Después de bastantes esfuerzos y un montón de preguntas, los detenidos han declarado: que

desde una roca en que estaban vieron llegar a un hombre al que no conocían. Que apostaron a que darían en el blanco de una piedra a la derecha del hombre. Dicen que incluso bromearon con el salto que daría el hombre cuando oyese el silbido del tiro a su lado. Dispararon pero, o tenían mala puntería o Bienvenido se movió al oír los tiros; el caso es que el disparo le dio en una pierna. Los dos hombres —dicen— se asustaron mucho. Se acercaron al herido y comprobaron que sangraba abundantemente y que había perdido el conocimiento. No eran del pueblo y creyeron que nadie los relacionaría con lo ocurrido. El perro los atacó pero lo golpearon con las culatas de las escopetas y creyeron que lo habían matado. Luego, llevaron al herido hasta una cueva que conocen. Le dejaron la escopeta y agua. Confiaban —dicen— en que al recobrar el conocimiento el herido haría señales con la escopeta y acudiría alguien. Luego huyeron.

El teniente calló.

El tío, tras un momento, dijo:

—Pero, entonces, ¿Bienvenido?

—Ya he hablado hace rato con Zarzuela. Lo están buscando.

—¿Cómo no lo encontramos nosotros?

—Dicen que la cueva es en realidad una oquedad disimulada entre los zarzales. La lluvia debió borrar muchas huellas.

—¿Cómo estará?

—¿Bienvenido Cifuentes, dice usted?

—el teniente hizo un gesto de duda—. De esto hace seis días. Y seis días con una herida en una pierna, con hemorragia y sólo agua de alimento... Bien, es mejor no tener muchas esperanzas.

Se levantó y nos dio la mano.

—Buenas noches, señor Arnal, y perdone las molestias; gracias, Fernando. Al principio, creí que me querías tomar el pelo.

El domingo, el tío recogió la caseta e hizo los arreglos para volver a Zarzuela. En el cuartel de la Guardia Civil nos habíamos enterado de que el señor Bienvenido estaba con vida, pero muy grave.

La venta había sido muy buena, pero, de vuelta, en la furgoneta, el tío Jacinto estaba muy serio. Disgustado, murmuró:

—No hago más que pensar en Bienvenido. ¡Qué pena, un accidente así! Y todo por una broma. «¡Que le doy a la piedra! ¡Que no! ¡Que sí!» Y le dan a un hombre. Y se asustan. Y lo dejan botado. ¡Qué cobardía! —hizo una pausa—. Vosotros no seréis así.

—¡Claro que no, papá! —dijo Manuel.

—Es que eso mismo pensarían los padres de esos dos hombres.

Estaba muy triste. No volvió a hablar en todo el camino a Zarzuela.

La tía Paulina nos recibió asustada.

—¡Jacinto! No te esperaba hasta el lunes. ¿Ha pasado algo?

El tío la abrazó.

—Nada, mujer. Sólo que he vendido lo que llevaba y tenía ganas de estar de vuelta. Ayudó lo del perro, ¿sabes? La gente preguntaba por nuestra caseta.

La tía nos hizo pasar al comedor, sin siquiera descargar la furgoneta, y preparó café. Luego preguntó:

—¿Sabéis ya lo ocurrido con el señor Bienvenido?

El tío Jacinto dejó su taza en la mesa y encendió un pitillo.

—Algo nos dijeron en Villaltares.

—Pues cuando llamaron desde Villaltares —comenzó la tía Paulina— el cabo reunió a sus guardias y a todos los vecinos que podían ir con él. Con faroles y linternas fueron a la cueva donde decían que estaba Bienvenido. Nadie del pueblo la conocía. No es más que una abertura entre dos peñas, disimulada con zarzales. Allí encontraron a Bienvenido, echado en el suelo, ardiendo de fiebre, con la pierna hinchada hasta tres veces su tamaño y ennegrecida. Dicen que cuando se vio solo en la cueva, con la pierna sangrando, se aterrorizó. Estaba empapado por la lluvia, y las cargas de la escopeta estaban mojadas. Así que se ató el cinto a la inglete para no sangrar más. Luego esperó. Solo no podía salir de la cueva. Dicen los médicos que la pierna está gangrenada y que el estado de Bienvenido es muy grave. Además, está como loco. Han sido muchos días.

Tía Paulina hizo una pausa. Se pasó la mano por el pelo y nos miró. Todos estábamos pendientes de sus palabras.

—El médico le cortó la pierna aquí, en

la clínica. Luego se lo llevaron en una ambulancia. Dicen que tiene la sangre envenenada. Pero el médico le dijo a Juana que si había vivido seis días, todavía podía ocurrir un milagro.

La tía Paulina calló. Y todos callamos. El señor Bienvenido había tenido más suerte de la que se podía esperar.

Aquella tarde también dimos vueltas por el pueblo como el domingo anterior. Pero, sin saber por qué, el pueblo nos parecía nuevo. En casa de la señora Juana había muchas luces y se oían voces de mujeres. Debían de tener reunión.

Vimos doblar la esquina a don Cosme con su moto y halé a Manuel para acercarnos al cura.

—Don Cosme, ¿sabe algo del señor Bienvenido?

El párroco me fulminó con la mirada.

—¿Cómo sabes que vengo de ver a Bienvenido?

—¿No es usted su párroco? ¿Está grave?

—¡Fernando! ¿Ya estás discutiendo?

Manuel empezó a retroceder. Don Cosme lo llenaba de pavor. Pero yo le había perdido el miedo.

—¿Cómo está el señor Bienvenido?

Don Cosme colocó el soporte de la moto y se quitó el casco y los guantes.

—Está mejor. Los médicos no lo entienden. Tendrá que utilizar una pierna artificial, tiene el corazón y los riñones dañados por la infección y está trastornado por los días de angustia y soledad, pero mejora. No podrá volver al campo a trabajar y no creo que le importe mucho, y tampoco podrá cazar, y eso sí será un castigo, pero vivirá hasta que Dios quiera.

—¡Gracias a Dios!

—Eso, Fernando, ¡gracias a Dios!, pues hombres débiles y cobardes casi le quitan la vida a un semejante por un juego unido a una cobardía. Pero, ¿es que no os esperan en casa?

Manuel tartamudeó.

—Sí, don Cosme.

—¡Vaya! Creí que no tenías lengua, Manuel Arnal.

—No asuste a Manuel, don Cosme.

—Te estás volviendo muy impertinente, Fernando.

—Lo conozco mejor, don Cosme.

—Anda, anda. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, don Cosme —dijimos los dos a la vez.

Echamos a correr camino de casa. Comenzaba a nevar, una nieve menuda y ligera que revoloteaba como si en vez de copos fuesen mariposas.

Empezaba noviembre con nieve.



CAPITULO XII



FINAL

Este es mi pueblo, ésta mi familia y ésta la historia del señor Bienvenido y de su perro Zauz.

El señor Bienvenido pasea ahora por las calles, seguido de su perro, en los días que hace sol. Sigue siendo un bromista, pero después de lo sucedido el genio se le ha agriado y sus bromas son más pesadas; ahora, el pueblo le teme porque tiene mucho tiempo para meditar sus bromas.

Nosotros le devolvimos el perro cuando salió del hospital, cuando no era más que una cara larga y muy pálida unida a un cuerpo muy delgado y muy débil. Casi



no podía hablar y la señora Juana (que ya no se quitó el luto) le tuvo que dar sopa y papillas durante meses como a un recién nacido. Decía que también tenía dañado el estómago.

Luego, tuvo que ir a la capital a que le adaptaran una pata de palo como las de los piratas de los cuentos y tuvo que aprender a caminar con ella con el pantalón flotando en torno al palo.

Yo estoy contento. Mi padre ha escrito que va a volver. Está cansado de estar fuera y el trabajo ya no es lo que era. Son malas épocas para todos. Dice que ha reunido algún dinero y que volverá al pueblo a quedarse. Que abrirá un taller mecánico. ¡Y dice que me echa de menos!

Yo le he encargado que cuando vuelva a España se traiga una pierna artificial, de esas que hacen tan bien en el extranjero. Se la quiero regalar al señor Bienvenido para que pueda ir de caza, como antes. No he dicho nada a nadie, ni siquiera al primo Manuel. Cuando vuelva mi padre, quiero que el regalo sea una sorpresa para todos.

OTROS TITULOS



Solomán

Ramón García Domínguez

En esta divertidísima historia Solomán es un héroe que no posee poderes sobrenaturales. Es "sólo un hombre" que logra, con el sentido común, lo que los demás superhéroes no consiguen con sus poderes mágicos y extraordinarios.

Nuestras hazañas en la cueva

Thomas Hardy

Con un estilo impecable, el autor de esta novela de aventuras narra la historia de dos muchachos en vacaciones que, por casualidad, descubren cómo alterar el curso de un río y ponen en conflicto a dos poblaciones vecinas. La obra, además de acción y suspenso, ofrece posibilidades de reflexión sobre los conflictos humanos.

¡Por todos los dioses...!

Ramón García Domínguez

En la mitología clásica se relatan algunas de las aventuras más grandes de todos los tiempos. En ella aparecen dioses, héroes, monstruos, ninfas, sirenas, gigantes y muchos otros seres extraordinarios. En *¡Por todos los dioses...!*, Homero, transportado a nuestra época y en fascinante diálogo con un niño contemporáneo, narra una vez más las fantásticas hazañas de sus protagonistas favoritos.

Cuentos y leyendas de Rumanía

Angela Ionescu

Los cuentos y leyendas reunidos en este volumen por Angela Ionescu, española de origen rumano, son todos de la tradición oral popular. Algunos están poblados de personajes fantásticos como el *balaur* y los *zmei*, que hacen "correr escalofríos por la espalda"; otros convierten en poesía batallas legendarias; otros resaltan la astucia y las hazañas de los débiles. Todos hacen gala de la sabiduría, el ingenio y el humor presentes en los relatos de la tradición oral de todos los pueblos.

El pájaro verde y otros cuentos

Juan Valera

Los cuentos populares han constituido siempre una fuente literaria para los grandes autores. Esta versión de Juan Valera, de cinco cuentos europeos tan universales como los anhelos profundos de la humanidad que los originan, maravillará a los lectores de hoy.





El misterio del hombre que desapareció

Torre de Papel
GRUPO
EDITORIAL
norma

Tres niños y un perro de un pequeño pueblo español descubren un delito. Un hombre ha desaparecido y los vecinos angustiados lo dan por muerto. Es esta una aventura que mantiene el suspenso hasta el último capítulo y que permite a los niños actuar como detectives.

María Isabel Molina

Española de gran prestigio en el campo de la literatura infantil, ha escrito numerosas novelas y cuentos para niños, y ha recibido varias menciones de reconocimiento por su labor.

A partir de 9 años

CC 11007

EL MISTERIO DEL HOMBRE QUE DESAP/



958-04-0729-0 REPISA N°6